

El Aglipayanismo es Herejía

COGNOSCIBILIDAD DEL MILAGRO



SFUÉRZANSE los adversarios, conjurados contra la existencia del hecho sobrenatural que llamamos milagro, en impugnarlo con afirmar que nosotros no lo podemos conocer, y apelan ora a que los sentidos del hombre pueden engañarnos, ora a las fuerzas naturales, cuyo poder desconocemos.

Claro está, ¿qué van a hacer los enemigos del milagro, viéndose rodeados por todas partes de hechos milagrosos, que les ciegan y confunden y que echan por tierra sus castillos de falacias y subterfugios? Lo de siempre... ¡Cerrar los ojos a la evidencia..., siempre negar! He ahí la táctica innoble de los enemigos de Jesucristo. Pero los milagros de todos los siglos se imponen con tanta fuerza de razones, son tan numerosos, y ofrecen tales caracteres de cognoscibilidad, que sólo una marcada mala fe, puede atreverse a negarlos.

Y cuenta que no nos oponemos a que se examinen los milagros y a que se propongan las aparentes dificultades que podrán presentarse en cada caso; porque segurísimos estamos de salir airosos en la demanda.

Nada menos que toda "una academia de ciencias estuviera presenciando un milagro", exigía Voltaire, para admitir su existencia. Porque el vulgo, decía, es incapaz de fallar en materia tan grave.

Y ¿qué consecuencia sacaba el cínico enciclopedista francés de sus impías afirmaciones? Pues nada menos que esta ridícula conclusión: ¡luego los milagros no son admisibles; porque no los ha presenciado ninguna academia!

Pero para atestiguar respecto de hechos que se hallan al alcance de nuestros sentidos; para darse uno cuenta de sucesos que se pueden ver con nuestros mismos ojos y tocar con nuestras propias manos, basta únicamente tener sanos nuestros sentidos.

Para atestiguar ante todo que Lázaro, por ejemplo, estaba muerto, y muerto de cuatro días, bastaría oler como su hermana Marta su espantosa fetidez, y naturalmente exclamar: "Señor, mira que ya yede; pues hace ya cuatro días que está ahí". Y como testimonio auténtico e irrecusable del milagro de su resurrección, no tenemos es verdad una academia de ciencias, con Voltaire a la cabeza, que lo presenciaran; pero nos hallamos por fortuna ante una notable concurrencia de Apóstoles y discípulos de Jesucristo y de parientes de Lázaro, de habitantes de Betania y de Jerusalén, que atestiguaron antes de verificarse el milagro, que Lázaro estaba realmente muerto. Este, dijeron poco antes de la resurrección, éste que curó al ciego de nacimiento, ¿no pudo hacer que Lázaro no muriese?" ¡Luego Lázaro estaba realmente muerto!

Las dos hermanas de Lázaro, Marta y María, al presentarse ante el Divino Salvador, exclamaron con un mismo lenguaje: "Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano".

Y contamos finalmente con un testimonio que vale por todos, sin necesidad de valernos de las supuestas academias de ciencias, como exigía el infame filósofo de Farney: tenemos como argumento concluyente al mismo Jesucristo que dijo a sus discípulos: "¡Lázaro ha muerto! Y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis", a la vista de Lázaro resucitado de entre los muertos.

Como testimonio de la milagrosa resurrección de Lázaro podemos presentar a muchos y muy variados testigos presenciales, que vieron con sus propios ojos a Lázaro salir del sepulcro a la voz imperiosa de Jesús: "Lázaro, sal afuera"; que le contemplaron, atados todavía sus pies y sus manos con las cintas funerarias; que fijaron sus ojos en su rostro cubierto con el sudario de la muerte, y que oyeron con sus propios oídos las imponentes palabras del Hijo de Dios sereno y tranquilo: "Desatadle y dejadle ir".

¿Cómo era posible que se engañara ante la espléndida manifestación de tan portentoso milagro, la turba de judíos, que había acudido al sepulcro, y que ante tan sorprendente maravilla creyó desde entonces en la divinidad de Jesucristo? Yo creo que vale mucho más la conversión de muchos judíos incrédulos ante la evidencia del prodigio que vieron y oyeron, que lo que puedan afirmar todas las academias de ciencias, capitaneadas por el infame Voltaire. Yo creo y me atrevo a afirmar que es mucho mayor milagro la resurrección espiritual de aquellos judíos muertos y sepultados bajo la pesadísima losa de la incredulidad y obstinación judaica, que devolver la vida a un cuerpo muerto, para cuya realización basta la voluntad divina; al paso que la resurrección espiritual del alma, ha de ser además obra de la libre voluntad del hombre racional.

¿Cómo es posible que trataran de negar el portento aquellos mismos judíos endurecidos a la vista del milagro obrado en Betania, cuando enfurecidos e irritados por la evidencia avasalladora del milagro, confesaron llenos de despecho: "¿qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él"... Vemos, pues, que sin sombra de duda creyeron aquellos incrédulos fariseos en la verdadera resurrección de Lázaro, ni se les ocurrió consultar a ninguna academia de ciencias de su tiempo; porque bastaba no estar ciego ni sordo, para oír las palabras imperativas de Jesucristo, y para ver a Lázaro vivo, resucitado milagrosamente por el poder sobrehumano del Divino Maestro.

¿Cómo habían de negar el milagro, cuando tramaron los judíos nada menos que matar a Lázaro, seis días antes de la Pasión del Señor, porque muchos se apartaban ya de ellos y creían en Jesús? "Véis, decían los del Sanhedrín,

que nada adelantamos; he aquí que todo el mundo va en pos de Él". Y lo mismo que Voltaire y los escritores de la "Catequesis" optan por suprimir al testigo: "Pensaron, pues, en matar a Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos". Con lo cual dan por cierta su resurrección. ¡Vaya una lógica: Nadie, pues, lo negó; nadie lo puso en duda. Y ¿por qué? Sencillamente, porque lo habían presenciado. Pero Lázaro vivo continuaba siendo aún su pesadilla, y la causa de que muchos judíos desertasen de sus filas y creyesen en el Mesías.

De Betania trasladémonos por unos momentos a Lourdes, para ser testigos de casos similares a los de Lázaro, en donde resplandecen los milagros ante miles de personas; ante hombres tocados también de incredulidad judaica; ante los que se apellidan sabios, como el inmundo Zola, que pretendió enturbiar con su asquerosa pluma las tranquilas y purísimas aguas, que brotan de la maravillosa gruta de Massabielle.

Arranquemos, pues, la careta al infame novelista Zola y aparecerá en sus denigrantes escritos, la mentira y la calumnia.

Tiene la palabra Zola, y nos va a dar él mismo el certificado acerca del estado de Elisa Rouquet, nombre supuesto de María Lemarchan.

"Al emprender ésta el viaje, escribe el novelista, tenía un lupus (tuberculosis cutánea) que le había corroido la nariz y la boca; una ulceración lenta desarrollaba constantemente las costras y destrozaba las mucosas; la cabeza alargada en forma de hocico de perro;... estaba hecha una figura horrorosa"...

Pero llega Elisa a la maravillosa gruta de Lourdes el 20 Agosto de 1893, y al día siguiente llega a las piscinas, se moja, da un brinco, se arranca las vendas y grita: ¡Estoy curada!

Luego acompañada del Dr. Hombres que la vió entrar y salir de las piscinas, fué al Gabinete de comprobación en donde varios médicos, habiéndola examinado, le hallaron sano el pulmón y cicatrizadas las úlceras. El Presidente le dice a Zola, que se hallaba allí: "Aquí tiene V., Sr. Zola, lo que buscaba.

—No, Señor, replica; está muy fea, no quiero verla!"

Y ¿cómo se las arreglaba, pues, el novelista pornográfico para negar este portentoso milagro? Como todos los impíos obcecados: negando siempre.

Oigamos sus mismas palabras: "Se le figuraba a Elisa Rouquet que la llaga después de las lociones de la fuente, tan en carne vive, comenzaba a secarse y palidecer. Era verdad: su aspecto era menos horrible. Al día siguiente despertó gran interés el caso de Elisa Rouquet; era patente que el lupus, cuya llaga le comía el rostro, había mejorado... Aunque distaba mucho de hallarse curada, se había iniciado en ella un lento proceso de curación".

¡Es falsísimo que sólo se hubiera iniciado una lenta mejoría! ¡Es falso también que las úlceras de Elisa fueran sólo nerviosas; pues según el Dr. Neelle eran llagas tu-

berculosas, y según el Dr. Hombres era una llaga de carácter tuberculoso que supuraba mucho. ¡Es falso que Elisa no curase instantáneamente y con sola la primera inmersión!

¡Luego el perverso novelista Zola desfiguró y falseó a sabiendas la verdad!

Y no es de maravillar; puesto que en el caso de la Grivot, llamada María Lebranchu de 35 años de edad, atacada de tuberculosis pulmonar, con reblandecimiento y cavernas, según el Dr. Marquezy el 20 de Agosto de 1892 en que llegó a Lourdes, fué curada instantáneamente.

Pues bien; el mentiroso novelista cuenta en su novela que la Grivot sufrió terrible recaída en su enfermedad y fué por fin a morir a un Hospital.

¡Embuste fenomenal! ¡Descaro singular ante la evidencia de miles de personas que vieron a la tísica antes y después de su milagrosa curación!

Irritado por tan inaudito descoco el Dr. Boissaire, presentóse un día en casa de Zola y le dijo: "¿Cómo tiene V. la osadía de hacer morir a María Lebranchu? V. sabe muy bien que se encuentra tan buena como V. y como yo".

Pero Zola se excusó diciendo que todo novelista tiene derecho para matar a los personajes de sus obras, cuando le place.

¡Verdadero imitador de los judíos del tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, a quienes, con tal de negar la evidencia de su milagros, lo mismo da asesinar a Lázaro, que a Zola matar a la Grivot!

Basta por consiguiente para conocer la existencia de un milagro, que está al alcance de los sentidos, estar sano y hallarse presente al hecho sobrenatural. De lo contrario deberíamos dudar de todo. Con los mismos ojos se ve a un muerto levantarse del sepulchro y a un vivo levantarse de la cama. "Dado el hecho, dice el P. Laplana S. J., se indaga la causa, y si no se halla entre los agentes naturales, se atribuye a una intervención divina".

No nos salgan tampoco los detractores del milagro con las ocultas fuerzas de la naturaleza; pues todos conocemos hasta dónde no alcanzan. Sabemos perfectamente que no basta una palabra, para resucitar a un muerto; que no es suficiente tocar a un leproso para sanarle; que nadie ha encontrado el secreto de multiplicar el pan con sólo echarle la bendición, y de curar instantáneamente con agua de una fuente, común y ordinaria.

Cuando, pues, Jesucristo resucitó a Lázaro muerto en el sepulchro, y sanó a un leproso con sólo tocarle con su divina mano, y aumentó prodigiosamente el pan, para saciar a más de cinco mil personas, y para confusión de innumerables incrédulos, realiza hoy portentos y maravillas en Lourdes, como ayer en Jericó, Betsaida y Cafarnaum, hemos de confesar que Jesucristo es Dios, que son verdaderos los milagros por Él realizados, y que en pleno siglo XX, ante muchedumbres de peregrinos, obra su mano omnipotente verdaderos milagros que puedan verse con los ojos con sólo ir a presenciar las maravillas de Lourdes.

P. DE ISLA.

